

Augusto d'Halmar



HOMBRE de gran prestancia física, con luz de dominio en la mirada y en la palabra fascinadora, Augusto d'Halmar imponía sin esfuerzo su calidad. Era, sin duda alguna, un hombre de talento superior y dejó el sello de su inspiración y de su fantasía en la gran fuerza creadora de su obra y de su personalidad de artista.

Augusto d'Halmar es una de las figuras más eminentes de la literatura chilena de este medio siglo que llevamos andado y el carácter de su obra marca una huella señera de originalidad, de alado encanto, de belleza idiomática, de plástica gracia para decir con donosura el mensaje de su espíritu.

En los albores del siglo, ya comienza a actuar Augusto Goemine Thompson, imponiendo su simpatía personal que le daba un gran ascendiente sobre la gente de su edad. Era un mozo arrogante, de estampa atrayente, en quien la naturaleza, pródiga en dones, había aunado un gran atractivo físico con un extraordinario talento de escritor que manifestó en muy temprana edad, pues ya en 1900, figuraba entre lo más destacado de la literatura chilena de ese tiempo.

Le atrae en sus comienzos la escuela naturalista y su primera novela, «Juana Lucero», que más tarde él calificaba como un pecado de juventud, es la expresión más clara y significativa de esa tendencia. Pero muy pronto abandona este camino que apenas inicia para darle a su labor literaria ese soplo de fantasía y de

errancia en el cual se advertía el influjo de los maestros escandinavos que como Ibsen, Andersen y Selma Lagerlof, comenzaban a llamar poderosamente la atención entre los lectores de América.

Peregrino de sus propios sueños, Augusto Goemine Thompson recorre todos los caminos del mundo. Y de sus visiones y panoramas arranca la fibra más fina y firme de su creación. Cónsul en el Perú y en la India. Viajero de muchos países del Oriente y luego peregrino siempre ansioso de belleza, recorre la Europa por sus cuatro puntos cardinales hasta anclar su inquietud en España. A esa tierra y a su gente le dedicó tal vez las páginas más hermosas de su labor artística y su amor cada vez más hondo en el recuerdo, se hizo en él, nostalgia permanente, pues vivía añorando a España a la que llevaba en el espíritu metida muy adentro.

Augusto Goemine Thompson cambió su nombre por el de Augusto Thompson, y luego firmó sus escritos con pseudónimo de Augusto d'Halmar en homenaje a viejos antepasados nórdicos. Era un hombre que vivía con las calderas de su imaginación encendidas y prontas al viaje. Quería irse, remontar la línea del horizonte, para encontrar de nuevo a todos los viajeros que le habían estrechado la mano en las rutas del tiempo y de la tierra. Y todo ello iba dejando una muestra en sus libros: «La sombra del humo en el espejo», «Nirvana», «Pasión y muerte del Cura Deusto», «Capitanes sin barco», «Gatita», «Cristián y yo», y otros veinte libros que le dieron tanta nombradía como para situarlo entre lo más alto de la literatura americana.

D'Halmar es un esforzado ejemplo de hombre que dedica toda su vida íntegramente al oficio de escritor. Mientras fué Cónsul trabajó sus más bellas y repujadas obras literarias. Al final de su existencia fué nombrado Jefe de Sección de la Biblioteca Nacional de Santiago y allí en su rincón que él había comenzado a amar, revisaba sus papeles y escribía las notas y apuntaciones acerca de las conferencias que daba en la Universidad de Chile y de Concepción y en todos los centros culturales del país.

No es posible hablar, así someramente, de Augusto d'Halmar. Era el jefe de una escuela literaria en la cual se formaron muchos de los mejores escritores con que cuenta nuestro país. Era el almirante del Buque Fantasma y desde aquellas andanzas de misterio y fantasía solía bajar a tierra para conversar con los hombres que amaban el arte y la belleza y que eran sus hermanos de espíritu.

Así fué amigo predilecto de Rubén Darío, de Pierre Loti, de Milosz el gran lituano, de Baroja y de don Ramón el de las barbas y de las Sonatas inimitables. Cientos de hombres famosos le consideraban un gran amigo y aquí en Chile, Pezoa Véliz, Juan Francisco González, Magallanes Moure y todos aquellos que formaron los grupos ilusionados de la Colonia Tolstoyana y de Los Diez le consideraban como el hermano mayor. El hermano errante de sus bellos viajes que él sabía transformar en páginas de antología. «Atenea» le contó siempre como uno de sus más ilustres colaboradores. Y ahora que los chilenos le despedimos con el corazón lleno de tristeza, «Atenea» rinde homenaje al eminente escritor que ahora va rumbo al misterio de lo eterno, dejándonos su poderosa estela de vibrante y perdurable creación artística.

L. D.